

Ricardo Palma y Francisco García Calderón Landa: Encuentros y desencuentros

Osmar Gonzales Alvarado
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
osmar.gonzales@gmail.com
Lima-Perú

Resumen

En este artículo, a partir de cartas personales, el autor recorre las trayectorias de Ricardo Palma y Francisco García Calderón Landa, ambos personajes fundamentales de la vida cultural y política de la historia del Perú. En ellas encuentra las desavenencias que los separaron, pero también los espacios de cultura que compartieron.

Palabras clave: Ricardo Palma, Francisco García Calderón, Guerra con Chile, Academia Peruana de la Lengua, cartas personales

Abstract

In this article, from personal letters, the author reviews the trajectories of Ricardo Palma and Francisco García Calderón Landa, both fundamental figures in the cultural and political life of the history of Peru. In them, he finds the disagreements that separated them, but also the cultural spaces they shared.

Keywords: Ricardo Palma, Francisco García Calderón, War with Chile, Peruvian Academy of Language, Personal letters.

Osmar Gonzales Alvarado

Doctor en Ciencia Social por El Colegio de México. Autor de numerosos libros, especialmente sobre sociología de intelectuales. Es profesor universitario, también ha sido funcionario en el cargo de director técnico de la Biblioteca Nacional del Perú y en el de director de la Casa Museo José Carlos Mariátegui, entre otros. Es miembro de número del Instituto Ricardo Palma, de la Universidad Ricardo Palma. Es coordinador de la maestría de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Está suficientemente documentada y analizada la disputa que —con diferentes ribetes—enfrentó a Ricardo Palma con Manuel González Prada, personajes enormes de nuestra cultura. Sobre lo que no se ha ahondado mucho es en las desavenencias entre el tradicionista y Francisco García Calderón Landa, político y académico destacado del siglo XIX en el Perú.

A diferencia de la polémica Palma-González Prada, que fue ruidosa, pública y altisonante, entre Palma y García Calderón hubo desacuerdos que no trascendieron a la esfera pública. Por el contrario, se mantuvieron discretamente en el ámbito privado. Ni siquiera en cartas personales de Palma asoma la crítica a su adversario. Existen numerosos testimonios del tradicionista —especialmente cartas a intelectuales de diferentes países, que nos permiten conocer sus puntos de vista—, en los que las referencias que hace de García Calderón son asépticas y diplomáticas e, incluso, elogiosas. Contraria y lamentablemente, no disponemos de documentos testimoniales de García Calderón, salvo una carta de su hijo Ventura, otro gran escritor peruano, en la que revela algunos aspectos muy privados de las rencillas que al parecer hubo entre ambos personajes mencionados¹.

Entender las relaciones conflictivas entre dos sujetos —intelectuales en este caso—, requiere siempre atender el contexto. En efecto, el momento histórico es importante, sobre todo cuando se atraviesa una situación crítica en tanto enmarca las decisiones de los sujetos, contribuyendo a desencadenar pasiones, o estimulando a la emergencia de las virtudes cívicas. En cualquier caso, haciendo que un conjunto de sentimientos se haga especialmente visible cuando de personajes públicos se trata.

1 Agradezco a Alberto Varillas por su guía para buscar parte del material sobre el que se basa este artículo.

En las presentes páginas se sigue la pista de la relación (difícil) que existió entre Palma y García Calderón, en un momento de la historia peruana que inicia con el optimismo por el crecimiento económico debido al comercio de fertilizantes (décadas 1860-1870), pero que prontamente se vería sacudido por la guerra con Chile (1879-1883), y el retorno de buenas expectativas en el periodo de la República de notables (1895-1919). El entendimiento de ambos personajes pasa por ubicarlos en estos momentos rápidamente mencionados, pues ellos mismos se van transformando y adecuando a las exigencias que les va imponiendo la vida misma.

Datos básicos de dos amantes de la cultura en un contexto de guerra

Ricardo Palma nació en Lima el 7 de febrero de 1833 y, un año después, Francisco García Calderón lo haría en Arequipa el 2 de abril de 1834. Pertenecían a la misma generación, eran coetáneos. En 1860, cuando tenían 27 y 26 años de edad respectivamente, coincidirían en *La Revista de Lima*, vocera intelectual y política de una burguesía liberal en ascenso que buscaba consolidar un proyecto nacional, amparada en el crecimiento económico debido al comercio guanero. Además de nuestros dos personajes, pertenecieron a este grupo de élite otros que posteriormente tendrían protagonismo en la vida pública peruana, como Manuel Pardo y Lavalle, Luis Benjamín Cisneros, José Antonio de Lavalle, Manuel Atanasio Fuentes, entre algunos más. Como se observa, futuros presidentes, escritores, diplomáticos y periodistas de nota. Corriendo los años, Palma y García Calderón participarían en otros proyectos con algunos de los personajes mencionados, aunque entre ellos surgirían desavenencias que se describen más adelante.

Si bien de jóvenes Palma y García Calderón fueron copartícipes de un proyecto editorial, como fue *La Revista de Lima*, luego derivarían por caminos diferentes. En la disputa que los distanció se pueden descubrir elementos diversos. Uno de ellos, y muy importante, es el político. En efecto, tanto Palma como García Calderón pertenecían a filiaciones políticas opuestas: mientras Palma era decididamente pierolista, García Calderón era miembro del Partido Civil. Y ambos bandos se repelían mutuamente.

La guerra con Chile fue un detonante. En lugar de conciliar esfuerzos, dividió. En 1881, el ejército chileno ingresó a Lima, y luego de tomar posesión de la capital buscaría auspiciar a un presidente que tuviera la ductilidad necesaria para negociar y obtener lo que buscaba su gobierno, es decir, nuestros territorios del sur. Por otra parte, la propia invasión había ocasionado que fugara Piérola —quien se había declarado dictador del Perú en 1879, luego del cuestionable viaje del presidente Mariano Ignacio Prado a Europa—, hacia la sierra central, específicamente a Ayacucho. Entonces el Perú se encontraría en una situación sumamente crítica: la capital ocupada, buscando un presidente provisorio negociador, y un dictador fugado, todo dentro de un contexto de enfrentamientos militares. En tal escenario caótico, la preocupación central era cómo terminar la guerra con el menor daño posible. Evidentemente, los ánimos estaban tensados hasta sus límites.

Crónicas epistolares sobre la guerra

Desde Lima, mientras se seguía desarrollando la guerra, Palma pondría al tanto a Piérola de la situación política mediante una profusa comunicación epistolar (Palma, 1979). En su correspondencia, proporcionaría una rica batería de información sobre hechos y personajes, sazonados además con sus propias opiniones.

En la carta de Lima, 4 de marzo de 1881, Palma reseña que, en *La Actualidad*, publicación chilena impresa en Lima desde inicios de 1881, se había sostenido que una junta de vecinos notables colocaría a García Calderón como presidente provisorio para cumplir las exigencias chilenas. Además, afirmaba que, si este se ponía rebelde, los invasores le harían entender cuál es la realidad de su situación; y por último, que “si quiere ser gobierno vaya a funcionar a la pampa del Pino o a la Magdalena” (p. 26), porque los chilenos no pensaban abandonar el palacio de gobierno. Ante esas líneas, un irónico Palma infiere que García Calderón debió renunciar “ante el club salitrero” (es decir, la junta de vecinos notables), cosa que no hizo. Como resultado, efectivamente, ejercería sus labores de presidente provisorio desde La Magdalena (actual distrito de Pueblo Libre) a partir de marzo hasta noviembre de 1881, cuando sería deportado a Valparaíso por no ceder a las exigencias chilenas.

Dos personajes y sus trayectorias en un momento crucial

Para entonces, García Calderón ya era un personaje respetado en la vida pública nacional: en la arena política, había sido presidente del Congreso Constituyente en 1867, para el que había sido elegido diputado por Arequipa; Ministro de Hacienda en 1868 durante el gobierno de José Balta (cuando dejó dicha cartera, sería reemplazado por quien sería el gran adversario del civilismo, Nicolás de Piérola); senador por Arequipa desde 1876 hasta el año del estallido de la guerra, 1879. En cuanto a su desempeño profesional, García Calderón llegó a ser decano del Colegio de Abogados de Lima entre 1874 y 1876; en 1878 sería uno de los fundadores, además de presidente, de la Compañía Salitrera del Perú, consignataria de dicho elemento. En tanto académico, además de docente universitario, hizo conocer su *Diccionario de la Legislación Peruana*, de 1861-1863,

libro que Jorge Basadre (1964) considera es la primera obra integral escrita sobre el Perú, predecesora del libro de su propio primogénito, Francisco, autor de *El Perú contemporáneo*, de 1907. Es decir, García Calderón ya tenía una carrera brillante que no hacía inaudita la decisión de elegirlo como presidente en un momento tan difícil en la historia peruana. Ante esta trayectoria, feraz en diversos aspectos, resulta evidente que la biografía de García Calderón reclama a gritos un estudio detallado; es una deuda que nuestra historiografía aún no ha saldado.

Ni qué decir de la importancia de Palma, quien antes de escritor fue un personaje cívico y arriesgado, que incluso participó en un intento fallido de golpe de Estado contra el presidente Ramón Castilla, en 1860. Exiliado en Valparaíso, se fue introduciendo en el mundo de las letras, cada vez con mayor éxito. Estaría presente en la defensa del Callao el 2 de mayo de 1866. Luego apoyó a José Balta, en cuyo gobierno participarían García Calderón y Nicolás de Piérola, futuros adversarios políticos. Asesinado Balta por los hermanos Gutiérrez, Palma se retira de los afanes políticos para dedicarse a cimentar su fama como escritor.

A fines de la década de 1850, Palma iniciaría la publicación de sus originales relatos a caballo entre la historia y la ficción que llamó tradiciones: “una suerte de punto medio entre el relato y la crónica donde supo recoger frases populares, locuciones y giros lingüísticos del habla cotidiana” (Casusol, 2022, p. 21). En ellas empieza a distinguirse la picardía criolla que caracterizaría después a la literatura de la parte costeña y urbana del Perú, especialmente.

Ricardo Palma fue uno de los heroicos defensores de Lima, en 1881, ante la invasión del ejército chileno. Su casa de Miraflores sería incendiada y su biblioteca destruida. Terminada la guerra, el presidente Miguel Iglesias le ofrecería el cargo de director

de la Biblioteca Nacional, ofrecimiento que el tradicionista aceptaría, aun sabiendo que no contaría con grandes recursos. En ese momento nacería la leyenda del “bibliotecario mendigo”. Las *Tradiciones peruanas* y la reconstrucción de la Biblioteca Nacional serían su gran legado a la vida cultural peruana. Pero todo ello no debe hacer olvidar su pugnacidad para que muchos peruanismos fueran reconocidos por la Real Academia Española de la Lengua.

El tradicionista y “los magdalenos”

En medio de una coyuntura dramática, en el que tambalean las lealtades, Palma (Lima, 27 de junio de 1881) le informa a Piérola que varios de sus seguidores se han vuelto “los más ruines cortesanos” de García Calderón, por esta razón, y por la sede de su gobierno, los describiría con mordacidad, como los “magdalenos”, “notables sin notabilidad” o también como “el club del salitre”, y del propio García Calderón se referiría como “el Magdaleno”.

En otro momento, el tradicionista criticaría al ejecutivo y al congreso, que se establecería en Chorrillos, señalando que por la desesperación de no alcanzar *quorum* había emitido un decreto que vuelve legal lo ilegal, yendo contra la constitucionalidad y bajo el argumento del propio presidente provisorio de que se trata de circunstancias anormales: “Para ser lógico debía echar a un lado la mascarilla de constitucionalidad y llamar a su gobierno gobierno de circunstancias y a su congreso, congreso de circunstancias” (pp. 50-51), al que además califica de “bodrio”. Su crítica es total: “Ni lo de la Magdalena es gobierno ni lo de Chorrillos congreso” (p. 51). Pero Palma también sostiene que los chilenos no se podrán entender con García Calderón ni con su “congreso de retazos...” (p. 51).

En otra comunicación, el tradicionista le comenta al caudillo que García Calderón solo está pensando en dos cosas: la primera, en llegar a agosto con alguna holgura económica, y la segunda, su compromiso con Carmen Rey Basadre. Palma abunda en información: que doña Carmen es hija de un cónsul chileno en Arica que se mantuvo en ese puesto 25 años; que García Calderón ya había pedido su mano, y que los padres ya habían aceptado el compromiso. Por su parte, Palma ya estaba casado, desde 1876, con Cristina Román y Olivier, con quien tuvo siete hijos².

El 28 de setiembre de 1881, Chile desconocería el gobierno provisorio y como consecuencia enviaría a García Calderón a Valparaíso en donde sufriría un injusto cautiverio, experiencia sobre la cual escribiría un texto que no llegó a concluir titulado *Memorias del cautiverio*, el cual sería publicado póstumamente por iniciativa de su hijo Ventura, en 1949. De dichas circunstancias dolorosas, surgirían dos aspectos fundamentales: 1) del matrimonio García Calderón-Rey nacería, en Valparaíso, su primer hijo, Francisco, en 1883; 2) la familia luego viajaría a París, y en dicha ciudad nacería el mencionado Ventura, en 1886, es decir, estamos hablando de dos de los miembros más destacados de la generación peruana del 900.

La familia García Calderón-Rey regresaría al Perú en el mencionado año de 1886, y don Francisco continuaría con su brillante carrera pública. En efecto, después de la guerra y de su regreso al Perú su figura seguiría brillando, pues sería elegido en ausencia senador por Arequipa (1886-1894) y por Puno (1886-1894), presidente de la Academia Peruana de la Lengua y rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Al momento de su muerte, ostentaba estos dos últimos cargos.

2 Antes había tenido un hijo con dama ecuatoriana.

Dramas familiares

Precisamente, el tema de los hijos hermana a Palma y a García Calderón. En las cartas que el escritor le envía al filósofo español (Lima, 19 de diciembre de 1905), Miguel de Unamuno se descubre el mismo drama familiar que se vive en ambos hogares, y es el hecho que tanto Félix Vital como Francisco, uno hijo del tradicionalista y otro del presidente, padecen de la misma enfermedad mental: neurastenia (Palma, 2005: 248).

Frente a los requerimientos de Unamuno, quien le preguntaba insistentemente por el joven Francisco, Palma le responde que se trata del hijo del presidente, de quien esboza con objetividad una trayectoria exitosa. Hace mención de su importante libro ya señalado, *Diccionario de la legislación peruana*, cuya segunda edición fue impresa en España; también de que fue el presidente provisorio durante la invasión chilena de Lima hasta que el propio país del sur lo depuso; que luego de ello sería llevado a Chile y que de este país viajaría a Europa; Palma también refiere que don Francisco era “el Director de la Academia correspondiente de la de Madrid”.

El infortunio es que desde julio de ese mismo año (1905), el joven Francisco empezó a sentir los síntomas de “una neurastenia aguda que agrió su carácter y lo mantenía en perpetua lucha doméstica con algunos de sus parientes” (p. 248). En setiembre, su madre, doña Carmen, lo enviaría a Chile para que se reestablezca, lo que Palma vería con aquiescencia, debido a su propia experiencia familiar: “Yo tengo experiencia en esto; pues hace un año envié a mi hijo [Félix] Vital Palma, un pollito de 18 años, á sanarse de una neurastenia; y sin necesidad de drogas de botica regresó como nuevo completamente curado, á los cuatro meses” (pp. 248-249). Por sus siguientes palabras, se entiende que Francisco hijo no tuvo la misma suerte, por el contrario, que su mal se iría agravando.

Ocurrió que solo después de pocos días, ocho o diez, de establecerse en Chile, le llegó a Francisco un telegrama en el que se le comunicaba que su padre había sufrido una recaída de su mal crónico (que no tenemos información de cuál era). En la tarde de ese mismo día, el joven Francisco –tenía 22 años de edad–, zarpaba a Lima para estar junto a su padre. Luego de diez días llegaría a su hogar, pero, fatalmente, cuando ya su padre había muerto, cuatro o cinco horas antes. Fue un golpe muy duro para la frágil estructura psicológica del joven. Palma lo pudo comprobar cuando Francisco, junto a su gran amigo, José de la Riva Agüero, lo visitó y pudo observar su aspecto, que lo afligió. Por ello, le recomendaría que viaje a Europa a tomar nuevos aires, a lo que el joven Francisco contestaría que eso es precisamente lo que haría. No sería sino hasta la quincena de enero del año siguiente, 1906, que pudiera viajar junto a su familia.

Pero lo más trágico fue la noticia que Palma se enteró por el periódico: que Francisco había intentado suicidarse cinco o seis días antes de remitir la carta que estamos reseñando. La buena noticia fue que podía salvar la vida, cosa que ocurriría finalmente. “La desaparición de este joven dejaría un puesto irremplazable entre los intelectuales de la actual generación. Hace usted bien en estimar su talento e ilustración, a los que modestia ingénita le da mayor realce” (p. 249).

Mientras Unamuno siempre daría muestras de su interés por la joven generación de intelectuales que surgía (recordemos que redactaría un elogioso prólogo al libro de Riva-Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, de 1905), Palma también los seguía de cerca y con admiración. Más aun, en determinado momento pensó en proponer a Francisco hijo para que ocupara el puesto de Director de la Biblioteca Nacional (no quería que su hijo Clemente lo sucediera por “flojo”), ofrecimiento que Riva-Agüero transmitiría a su entrañable amigo. Sin embargo,

Francisco desearía cortésmente señalando que prefería apuntalar su carrera como diplomático (Lima, 15 de enero de 1905) (Gonzales, 2011). En verdad, prevalecería su decisión de vivir lejos del Perú y sus problemas, al menos hasta asegurar un nivel de vida que le permitiera mantener su independencia intelectual y la libertad para expresar sus opiniones, según confesaba.

La generosidad de Palma y los recuerdos de Ventura García Calderón

Existe generosidad por parte de Palma al reconocer los méritos y virtudes de su adversario, el presidente García Calderón, así como al destacar el valor de su primogénito; no cabe duda de ello. A pesar de que el tradicionalista se sintió injustamente relegado cuando la presidencia de la Academia Peruana de la Lengua recayó en García Calderón. No obstante, las palabras que Palma escribe a Unamuno sobre su rival solo denotan ecuanimidad y objetividad. Como dijimos en líneas anteriores, el de Palma y García Calderón se trató de un conflicto que se mantuvo contenido en ciertos círculos, es decir, que no explotó ante la opinión pública, como sí ocurrió en el caso del enfrentamiento de Palma con González Prada.

Los testimonios que se tienen pertenecen casi exclusivamente a Palma, desde el lado de García Calderón prácticamente no existen. Dentro de esa carencia de información, tenemos a la mano una carta que Ventura, hijo del presidente, dirige a la artista y periodista Helena Aramburú, desde París, el 22 de febrero de 1950 –cuando cumplía funciones diplomáticas ante la Unesco–, y que se encuentra custodiada en las instalaciones de la Biblioteca Nacional del Perú³. Se trata de una pieza muy

3 La mencionada carta constituye parte de un paquete mayor que es utilizada

importante dado que nos proporciona por interpósita persona información de la opinión de García Calderón con respecto a Palma.

Ventura García Calderón, inicia sus líneas con una afirmación desconcertante: que su generación no leía a Palma, específicamente sus Tradiciones, sino que prefería a autores como Julio Verne o el Padre Calancha. Desconcierta porque si alguna generación apoyó a Palma cuando perdió su cargo de director de la Biblioteca Nacional, fue la del 900, precisamente. Ventura, con los años, llegaría a ser un respetado escritor de cuentos peruanistas y de crónicas periodísticas, que había tejido una tupida red cosmopolita de relaciones con artistas, intelectuales, diplomáticos y periodistas; y, no lo olvidemos, impulsaría la edición en Europa de las *Tradiciones peruanas*, para honor de las letras nacionales.

Por otro lado, Ventura le cuenta a Aramburú que Palma lo invitaba continuamente a él y a su hermano mayor, Francisco, para conversar; no lo dice, pero es seguro que los recibía en su oficina de director de la Biblioteca Nacional. También confiesa “que me escribía como a un hijo lejano, a pesar de que no quería a mi padre”, lo que reafirma que Palma sabía diferenciar a los sujetos de sus rencillas de sus virtudes personales e intelectuales. Si algún encono sentía hacia García Calderón padre, no lo proyectaba a los hijos de este.

En lo que atañe al propósito de estas páginas, Ventura relata lo siguiente: “En Lima el vejete socarrón salía de su escritorio para decirme –Muchacho, dile a tu padre que Ricardo Palma lo sabía–”. Intrigado, el joven prospecto de escritor le preguntaría

por el autor de este artículo en la investigación realizada para la Universidad Ricardo Palma, titulada “Sociología de intelectuales y epistolarios personales en el Perú. Primera mitad del siglo XX”.

a don Francisco sobre a qué se refería el tradicionalista, cuál era el motivo de la inquina. Ventura relata que su padre fue prudente y que solo le respondía con un despreocupado encogimiento de hombros al tiempo que murmuraba “Pobre Ricardo”. La razón de esta desavenencia es ubicada por el propio Ventura en el tiempo de la elección de su padre como presidente de la Academia Peruana de la Lengua. Es más, abundando en razones, el cuentista relata que: “El pobre Ricardo había suprimido las sesiones de la Academia Peruana correspondiente de la Real Española, porque Don Francisco había sido nombrado Presidente de la misma”.

Por sus propias palabras, se concluye que Ventura no mantuvo una relación amistosa con Clemente Palma, hijo de don Ricardo. Es más, lo describe como ingrato; con desprecio y tono racista: “tan zambo como el padre (a quien yo prologué un libro de cuentos) ...”; desconfiado y con fuerte apego al dinero: “me escribía antes de morir cartas semi-insolentes y como si estuviera yo llenándome la faltriquera de pesetas y francos al reeditar los libros de su padre”. De alguna manera, la animosidad entre Palma y García Calderón padre se prolongaría a los descendientes.

Si tomamos por cierta la información de Ventura, si bien Palma era crítico político de García Calderón como hemos visto, desde los tiempos de la guerra, el encono personal surge cuando la elección en la Academia Peruana de la Lengua. El propio Palma tiene un conjunto de cartas con el escritor, político y militar mexicano, Vicente Riva Palacio⁴ en las que se encuentra información sobre esos hechos.

4 Un análisis de la correspondencia entre estos personajes se encuentra en Aldaba, 1994.

La Academia Peruana Correspondiente de la Real Española

Jocosamente, Palma describe a Riva Palacio los desacuerdos que existían al interior de la Academia, algo, dice, inevitable según la idiosincrasia de los peruanos: “Donde nos reunimos dos peruanos hay guerra civil, y donde nos reunimos tres o más hay anarquía” (Lima, 24 de mayo de 1887). (Palma, 2005, p. 333). Es lo que ocurre en la Academia, subraya.

Antes, Palma le había informado con la formalidad del caso al dramaturgo español, miembro destacado y secretario perpetuo de la Real Academia Española, Manuel Tamayo y Baus, quiénes son los 11 miembros de la sección peruana: Pedro Paz Soldán y Unanue (famoso por su seudónimo, Juan de Arona), José Antonio de Lavalle (diplomático e historiador), Eugenio Larrabure y Unanue (político e historiador), Monseñor José Antonio Roca (quien en la guerra con Chile organizó la Cruz Roja), Francisco García Calderón, Luis Benjamín Cisneros (poeta y diplomático), Emilio Gutiérrez de Quintanilla (escritor e historiador), Ricardo Rosell (poeta) y César Goicochea (poeta) (Lima, 21 de marzo de 1887) (p. 330).

El propio Palma haría una semblanza de estos personajes en su “Discurso de inauguración de Academia Peruana Correspondiente de la Real Española”, pronunciado el 8 de diciembre de 1917 (Palma, 1986).

Con respecto a García Calderón diría Palma:

...jurisconsulto de primer orden y hablista de inmensa versación literaria. El Diccionario de Legislación peruana es, no sólo un monumento de inestimable valor por la erudición artística que se ha vaciado en él, sino que es un modelo de corrección léxica y riqueza verbal y conocimiento profundo

de los secretos resortes del idioma que distinguían a tan eminente escritor y pensador. Además de su inmortal libro, la obra literaria de García Calderón está en sus numerosos discursos y disertaciones, saturados de doctrinas y conceptos elevados y nuevos, expuestos en la forma elegante, clara y correcta en que habitualmente se desenvolvía el pensamiento en cerebro tan privilegiado. García Calderón murió en 1906, desempeñando la dirección de la Academia y el rectorado de la Universidad. Su talento reflorece en dos de sus hijos, que se han consagrado a las letras con éxito brillantísimo, y uno de ellos, nuestro compañero en la Corporación que hoy resurge, hace honor al sitio que ocupara su ilustre padre⁵ (Palma, 1986, p. 55).

Se debe mencionar que Palma se refiere a García Calderón como el segundo director de la Academia, y señala como el primero a José Antonio de Lavalle. Aclarando el tema, Lavalle fue quien presidió las tareas respectivas para la instalación de la sección peruana como correspondiente de la Real Academia, lo que ocurriría el 5 de mayo de 1887. Pero esto no puede soslayar el papel decisivo que cumplió Palma en la creación de la Academia, él fue el verdadero impulsor de su fundación. En efecto, sería el propio tradicionista quien redactaría y enviaría la respectiva solicitud a Tamayo y Baus en la carta ya mencionada, que sería el inicio de la vida institucional de la Academia. Después de su establecimiento, el primer director elegido de la Academia Peruana sería don Francisco García Calderón Landa.

No queda claro por qué fue con el escritor mexicano Riva Palacio que Palma se extendería con información sobre el proceso seguido en la Academia Peruana. Como el más antiguo, informa el propio tradicionista, debió convocar a los miembros. Decidieron, en el reglamento que aprobaron, limitar el número

5 Se refiere a Ventura García Calderón. Ver Tamayo Vargas, 1986.

de miembros en 12, y fijar como fecha de instalación el 30 de agosto, día de Santa Rosa de Lima (Lima, 24 de mayo de 1887). Lo más importante y que de alguna manera desató los conflictos internos fue cuando se discutía la elección del presidente. Según Palma, recomendó que el candidato o candidatos no tuvieran filiaciones políticas. Bajo ese criterio, García Calderón no podía ser elegido director de la Academia, pues estaba postulando a la presidencia de la República.

Siempre según Palma, García Calderón propuso al tradicionalista para el máximo cargo, pero el escritor declinaría por razones que no explicita. Por ello, propuso a Monseñor Roca. Bajo el razonamiento de Palma, José Antonio de Lavalle, diplomático sumamente influyente, tampoco podría ser presidente o director, pues fue él quien suscribió la paz con Chile, “por lo tanto representante de un partido” (p. 334). El sacerdote era el más indicado para el cargo, sostiene Palma (lo que resulta curioso por el liberalismo del escritor, y por ser famoso comecuras), pero Pedro Paz Soldán, a quien describe como “muy díscolo”, filtró a la prensa el acuerdo al que se estaba llegando al interior de los miembros de la Academia. Añadía, de manera distorsionada o mal intencionada, que Palma quería imponer “la candidatura de una sotana”, mientras que él, es decir, Paz Soldán, proponía a García Calderón o a Lavalle. Lo que despierta interrogantes es que Palma sostenía que ya había una corriente mayoritaria al interior de la Academia para elegir a Monseñor Roca, en la que incluía el propio García Calderón.

En nueva carta, del 15 de julio de 1887, Palma le comenta a Riva Palacio que Tamayo y Baus le ha escrito diciéndole que está de acuerdo en que la política se mantenga al margen de la conducción de la Academia. Por otro lado, resulta muy interesante la manera cómo distingue Palma a los miembros de acuerdo a sus posiciones ideológicas. Por un lado, los conservadores, como Lavalle, Tovar, Roca, Goicochea; por otro lado, los “liberalotes”,

como García Calderón, Cisneros, Larrabure, Quintanilla, Rosell y el propio Palma. Él mismo, con su agudeza característica, hace explícita la absurda contradicción: “Y vea Ud., lo que son los conservadores ultramontanos y jesuitas a cuyo bando pertenece el díscolo compañero, que cuando nosotros, los liberales, nos fijamos para Director de la Academia en un conservador como Roca la oposición surgió del seno de éstos. ¡Un ultramontano combatiendo a un correligionario!” (p. 339).

Posteriormente, el 30 de agosto de 1887, en el salón general de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, García Calderón sería elegido presidente de la Academia. No era una experiencia totalmente nueva para él. Veinte años antes, había presidido la efímera Academia Nacional de la República del Perú. Su vida, de una manera u otra, nunca dejó de estar vinculada a la cultura. Su hogar fue un lugar de descubrimiento y conocimiento. Según testimonio de Riva-Agüero, erudito desde joven e inseparable amigo de Francisco y Ventura, la biblioteca de la familia García Calderón-Rey era vasta, toda una tentación para el amante de la lectura como él.

En carta fechada el 23 de diciembre de 1887, Palma le describe a Riva Palacio las discusiones por encontrar el nombre exacto de “la Corporación”. Primero, adoptó el de Academia Peruana, pero luego quedó convencido de que debía llamarse Academia correspondiente de la Real Española, en el Perú: “Y nuestro Director G[arcía] Calderón, en el discurso inaugural, expone someramente algunas de las razones que para adoptar tal denominación tuvimos, si bien calla otras que no era conveniente echar a lucir” (p. 347), sostiene Palma con gélida objetividad.

En efecto, es importante fijarse en el tono que usa Palma, que es absolutamente neutro, sin calificativos negativos contra García Calderón, incluso lo acepta y lo integra cuando dice “nuestro Director”. Más allá de todo esto, lo que se puede concluir es

que la posición de Palma, de no elegir como presidente a un postulante que tenga evidente pertenencia política, perdió. No sabemos cuál fue el camino que llevó a que terminara siendo elegido García Calderón: si se impuso por la mayoría por los votos, o si fue producto de un acuerdo entre ambos bandos.

Algunos años más tarde, en 1891, en nueva carta a Riva Palacio, Palma (Lima, 7 de abril de 1891) deja constancia del estado de salud de García Calderón y la labor de la Academia: “Estamos hasta sin Director, pues García Calderón tuvo, por prescripción médica, que irse a su ciudad natal, Arequipa, donde parece que tampoco recobre la salud” (p. 438). Quizás en este dato se explique el por qué dejó de sesionar la Academia, y no en la afirmación de Ventura atribuyéndole una decisión directa de Palma. En cualquier caso, sería importante reconstruir una biografía cabal de García Calderón, ausencia inexplicable atendiendo su trayectoria.

A partir de 1905, después de la muerte de García Calderón mientras estaba al frente de la Academia Peruana, lo seguiría el propio Palma desde el año 1905. En el año 1917 la reorganizaría, y un año después dejaría dicho cargo, seguramente por su avanzada edad. Es fácil suponer el sentimiento de reivindicación que habrá experimentado al momento de su elección, que la merecía plenamente.

Palma con su entusiasmo y convicción fundó la Academia y buscó tenazmente que la Real Academia incorporase vocablos peruanos. Para entonces ya era el autor peruano más leído y prestigioso. A estos méritos se debe añadir un dato fundamental: desde 1883, Palma ya era el gran director de la Biblioteca Nacional. Su gestión sería la más prolongada que ha tenido director alguno en la primera institución cultural del Perú. Solo sería retirado de su puesto en 1912, durante el primer gobierno de Augusto B. Leguía. Esta decisión ocasionaría un

sonado debate público, dividiendo a los intelectuales entre los que estaban a favor de su retiro, y aquellos que se manifestaban abiertamente en contra de la decisión del presidente.

Lo fundamental es que, en esos años de servicio, Palma le devolvió a la Biblioteca Nacional su prestigio y colmó sus anaqueles de libros —que habían quedado prácticamente vacíos luego del saqueo chileno—. Gracias a su incansable y dedicada labor como “bibliotecario mendigo”, sacó el máximo provecho de sus relaciones que como escritor había establecido con autores de diferentes países.

Para entonces, el país experimentaba una nueva etapa de crecimiento y optimismo. La bella época europea se traslada a Lima durante la República de notables luego de las montoneras de 1894-1895, que desembocarían en la elección de Piérola como Presidente del Perú (1895-1899). La palabra impresa experimentaba una explosión sin precedentes, la literatura empezaba a encontrar su distintividad, el periodismo alcanzaba altas cotas de estética y modernidad, aparecían los escritores profesionales, los pensadores sociales se iban convirtiendo en objeto de atención pública, y las masas empezaban a hacer sentir su presencia.

Despedida y legado

El 25 de setiembre de 1905 moriría Francisco García Calderón en Lima, mientras que Ricardo Palma lo haría el 6 de octubre de 1919, cuando apenas iniciaba el oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930). Vista con la mayor objetividad posible, la relación entre Palma y García Calderón nos lleva a la conclusión de que fueron más los aspectos que los acercaron que aquellos que los separaron. Su distanciamiento se debió a razones políticas y de índole personal, pero aun así con sus diferencias, supieron

compartir espacios de cultura con dignidad y madurez. Ambos cumplieron roles fundamentales en la historia del Perú. Se reconocieron mutuamente, pero en silencio, discretamente, guardando una prudente distancia. Ante ello, el analista no puede hacer otra cosa que echar una mirada furtiva a los encuentros y desencuentros de estos dos grandes hombres.

Referencias bibliográficas

Aldaba, L. (1994). Una amistad epistolar: Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio. *Secuencia* 30, septiembre-diciembre.

Basadre, J. (1964). *Historia de la República del Perú*, Vol. III. Lima: Editorial Paruamérica.

Casusol, P. (2022). Tradiciones en salsa verde. *Hildebrandt en sus trece*, Lima, 22 de julio.

Gonzales, O. (2011). *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*. Lima: Editorial Universitaria-Universidad Ricardo Palma.

Kapsoli, W. (2002). *Unamuno y el Perú. Epistolario, 1902-1934*. Lima: Editorial Universitaria-Universidad Ricardo Palma, Universidad de Salamanca.

Palma, R. (2005). *Epistolario general*. Lima: Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.

Palma, R. (1986). Discurso de inauguración de Academia Peruana Correspondiente de la Real Española. Lima: 8 de diciembre. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 21.

Palma, R. (1979). *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Lima: Editorial Milla Batres.

Tamayo, A. (1986). Homenaje a Ventura García Calderón en el Centenario de su nacimiento. Discurso del Director de la Academia. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 21.

Recibido el 31 de agosto del 2022

Aceptado el 15 de septiembre de 2022